

ideas

Daniel Cosío Villegas,  
a 20 años de su muerte

Hacia 1923, Manuel Gómez Morín, director de la escuela de Derecho y Jurisprudencia, encargó a Cosío Villegas la creación de un curso sobre “sociología mexicana”. Eduardo González Campos, uno de los alumnos de Cosío, tomó taquígráficamente el curso completo. Presentamos el texto de la primera lección.

Señores:  
Al inaugurar el Curso de Sociología Mexicana —por primera vez en la historia de nuestra Universidad— siento la responsabilidad del que cruza —acompañado— un camino desconocido, haciendo el papel de guía. Y el temor, por supuesto, es la impresión que domina.

A pesar de mi general optimismo; a pesar de mi gran entusiasmo por las cosas de la enseñanza; a pesar de que, por lo regular, confío en mis propias fuerzas; a pesar de todo eso, siento ahora no el placer de la innovación, sino el temor de la aventura.

Mi temor no es fracasar como profesor ni como universitario. Mi temor es no daros una idea cálida —humana— de lo que es nuestro país. Más que una cuestión de ciencia, es una cuestión de arte, de evangelio, de humano calor, de humano entusiasmo.

Si al final de nuestro curso sintiérais como yo la vaga, la inquietante vaga impresión de que en México se agita algo en el fondo, de que hay algo misterioso y profundo que se mueve, algo que a veces causa angustia que se transforma bruscamente en seguridad —plena, radiante, feliz— en el porvenir definitivo de nuestra patria; si sintiérais eso, cualquier sacrificio, cualquier temor, habría de desaparecer.

¿Habréis oído a lo lejos —alguna vez— el sordo rumor de una fábrica, de un taller? Pues algo semejante hay en el fondo de cada espíritu, en el espíritu de todo nuestro pueblo, en esa alma de realidad innegable que cada pueblo posee.

Pero no sabemos si ese sordo rumor es de cosas que se hacen o de cosas que se acaban; no sabemos —en momentos de angustia— si la fábrica, si el taller hará todo o terminará con todo. ¿Sordo rumor de máquinas, pero quién sabe si de máquinas infernales! No sabemos si nuestra incertidumbre espiritual se transformará con el tiempo en el canto radiante de feliz victoria o en lamentación de desgracia definitiva.

Y para saberlo —para sentirlo— al menos necesitamos llegar al fondo de las cosas, palpar el fluido sutil de las almas. ¡Necesitamos arrojarlos al fondo del océano para saber qué hay en las entrañas de la Tierra!

Al fondo de las cosas no se llega sino con crítica. Para saber es necesario herir, para conocer, es necesario cortar; ese es el sentido profundo que tiene en medicina la anatomía, la disección.

Hay que hacer la crítica de nuestro país, de su situación, de sus riquezas, de sus ciudadanos. De lo contrario, seguiríamos haciendo literatura; seguiríamos cantando odas a la naturaleza tropical del suelo, odas a la nobleza y cortesía del indio; odas al porvenir de la patria y a las cualidades de sus hijos.

Esto puede y debe hacerse en la escuela primaria, pero en una facultad universitaria está prohibido mentir.

\* \* \*

Nada personal pido, por supuesto; pero para el país donde nací, donde he vivido feliz por largos años y del que me ausentaré para siempre dentro de poco, para él, sí pido, y mucho.

Todos sabemos que aun las más apremiantes necesidades de un país no tienen término porque son infinitas. Asimismo, que el tiempo y los recursos para llenarlas son inflexiblemente limitados. Por eso suele aconsejarse seleccionarlas con cuidado, racionar los elementos para atenderlas y marcar el tiempo dentro del cual han de satisfacerse las primeramente elegidas para lanzarse en seguida tras las que siguen en la escala de prelaciones.

Esto reza con cualquier parte del mundo, y, por lo tanto, también con México. Pero yo me atrevería a decir que la necesidad nacional suprema es hoy, no de orden material sino ético. A más quiero atreverme: confiaría sin vacilar en que, satisfecha la moral, apagar las necesidades materiales sería una tarea mucho más llevadera porque entonces se emprendería con la fuerza que dan la fe y el desinterés.

Ningún hombre puede vagar indefinidamente sobre la tierra sin creer en algo, sin confiar en alguien. Tampoco hay hombre en este mundo que resista nutriéndose eternamente de celos y desencantos. Y esto es quizás más cierto aún del mexicano, que nació sin aguardar gran cosa de sus paisanos y de sus gobernantes. Por eso ya va siendo largo el proceso de decaimiento moral en que este país ha caído, si bien en los últimos años se ha acentuado de un modo que lastima y sobresalta.

Sólo así se explica cómo nuestra sociedad ha podido conllevar los hechos denunciados recientemente por el rector González Casanova: estudiantes y profesores que tras un momento de arrebató, y de justo arrebató, además, cayeron en las redes policiacas y que ahora son condenados... ¡a quince años de prisión! Tal cosa es un evidente error jurídico, político y sobre todo moral, pues, en efecto, esto quiere decir lisa y llanamente que en algunos de nuestros gobernantes se ha extinguido todo sentimiento, no digamos de justicia, que eso, por lo visto, es pedir demasiado, sino de piedad, de limpia, cristiana piedad. Pero quiere decir algo muchísimo más grave todavía: que nuestra sociedad ha desfallecido hasta el punto de renunciar a hacerse respetar.

Estamos así en una situación donde lo más importante, lo decisivo para el porvenir inmediato y lejao del país es el **espíritu** del gobernante y no su destreza para la maniobra política, su clarividencia administrativa o su comprensión de los problemas técnicos.

Entonces ¿qué cualidades morales debiera tener? Cuantas sean posibles e imaginables, desde luego; pero sobre todas ellas, estas dos: **rectitud** y **generosidad**. Primero, porque producen una linda combinación de pedir y de dar, de exigir y de conceder, y después, porque, vistas de cerca, ambas prendas se complementan para producir el hombre que necesitamos, el de una sólida contextura ética.

Ciertamente caracterizan al hombre recto la severidad y la firmeza

\* \* \*

El recientemente fallecido mes de diciembre debiera ser, si no estrictamente inolvidable, al menos dignísimo de recordar: hubo el día 1º. cambio de mando, pero... ¡qué nuevo mando! Un torrente impetuoso e interminable de nombramientos; creación de nuevas subsecretarías, direcciones generales y departamentos, más cambio a los que quedaron en pie de nombre o de atribuciones.

Al mismo tiempo, un diluvio bíblico de declaraciones ante la prensa, la radio, la televisión y ante el augusto Congreso de la Unión, del jefe de Estado, de sus secretarios, subsecretarios, oficiales mayores, directores generales, jefes de departamento y hasta uno que otro modesto jefe de sección. Y la cosa no paró en palabras, que ellas, según sabemos, se las lleva cualquier céfiro vespertino. Se llegó a la acción, a los hechos: alza de precios y de impuestos; creación de comisiones, consejos e institutos; reformas a leyes viejas y nuevas leyes, entre éstas, por añadidura, todo un código de 197 páginas.

Si en México existiera ya un instituto de opinión pública, se hubiera podido hacer una linda encuesta, entre cuyas preguntas habrían figurado estas. Primera: ¿Su impresión general? Respuesta: sorpresa.

Crítica, crítica severa, honrada, cuidadosa, pero crítica y siempre crítica, aun cuando a veces resulte amarga y dolorosa. Por eso, al tratar diversos puntos de nuestro programa, territorio, población, actividades económicas, religión, etcétera, expondremos todo bajo la forma de problema, de dificultad. Las cosas buenas están bien. Las malas son las que hay que remediar. Es más honrado y más útil saber con lo que no se cuenta, que jactarse de lo que se posee. Por eso es más humana la actitud del pobre que la del rico.

Contra el empleo del método crítico en nuestro curso no se nos podrá objetar siquiera que nuestro siglo es de entusiasmo y no de crítica. Tampoco se nos podría objetar que si el país no avanza es por exceso de crítica. El país no avanza porque no se sabe a dónde es necesario llegar. Sólo por un espíritu de paradoja puede decirse —como ha dicho ¿agente? norteamericano— que México se había hundido por la sabiduría de los viejos y que se salvaría por los errores de los jóvenes. Al contrario, los viejos pudieron y se equivocaron; aun ese lujo les estaba permitido, pero a nosotros los jóvenes no nos está permitido ni un error. Un error en estos momentos significaría no una simple desviación en el camino, sino su pérdida definitiva. Las cosas que se hacen ahora en México pueden tener poca importancia actual, pero de aquí a 20 años serán tal vez definitivas; para nuestro bien o para nuestro mal. Entonces será muy difícil el remedio. La formación de México será muy lenta, pero llegará un momento en el que esa fuerza misteriosa de sordo rumor que ahora principia a nacer, nos unirá bruscamente a todos, estrechará nuestros cuerpos y nuestras almas, nuestras obras y nuestras instituciones, cristalizándolas. Si hemos procedido bien, el cristal está hecho. Si hemos procedido mal habrá que modificar. Y el cristal sólo puede modificarse rompiéndolo, destruyéndolo para siempre. Veremos todo críticamente: como dificultad, como problema, como escollo.

Tal vez se nos tachará de pesimistas. Y no es cargo insignificante este. El pesimista es traidor al espíritu cristiano del universo.

Además, representa lo negro, lo que absorbe y no irradia luz. En rigor, lo único que pasa es que tenemos prisa por saber lo que hay y lo que vale. Y en lugar de felicitarnos por lo bueno, de alabarlo, de hacerle propaganda, queremos saber los inconvenientes, las dificultades. No es una cuestión de opinión sobre el mundo, sobre la vida, la que nos obliga a adoptar un método crítico. Es —simplemente— la falta de tiempo y el odio a la literatura de las odas.

Y si después de haber señalado todas las dificultades, todos los problemas, de haberlos dado a conocer, de haber puesto al servicio de sus soluciones todos nuestros esfuerzos y nuestro vigor, nuestro país **no triunfa ni avanza**, habíamos de creer que una fuerza superior —la mano de Dios o del demonio—traza el camino fatal de los pueblos y de los hombres y que el nuestro era fracasar.

Al menos habremos cumplido con nuestro deber. Así debe entenderse —como el cumplimiento de un deber: de vuestra parte y de mi parte— este curso de Sociología Mexicana que hoy se inaugura.

en sus resoluciones, más a condición de ser justas, de apegarse a la ley y a la razón. Sin duda pinta al hombre severo una grave seriedad, pero sin remedio también la mesura, es decir, la moderación y el comedimiento. Así, la prenda de la rectitud tiene el lado áspero de pedir con rigor, de exigir puntualmente, y el rostro suave de la razón, del comedimiento, de la mesura. Y esto hace justamente de ella la virtud excepcional que ahora necesitan nuestros gobernantes, pues el hombre recto de verdad se aplica a sí mismo la aspereza, el rigor, la exigencia, y a sus semejantes la benignidad de la contención y la templanza.

Pero es que, además, nuestro gobernante ha de ser generoso, es decir, debe obrar con magnanimidad y nobleza de ánimo, o sea con grandeza y elevación de espíritu, demostradas en acciones honrosas y estimables.

Alguien dirá que lejos de fácil, es muy improbable, ó del todo imposible, transformarse de la noche a la mañana en un ser virtuoso. Sin embargo, debe esperarse que lo consiga un hombre sano, bien intencionado y sujeto a la tremebunda responsabilidad de coupur un puesto de cuyo buen desempeño depende en gran medida la ventura de cincuenta millones de almas.

Dentro de estas circunstancias, lo primero es que nuestro presidente esté ya convencido de que la situación real del país no es la rubicunda que entonan zalameros los políticos logreros y los ricachones encumbrados, sino la que sufren y han sufrido por siglos nuestros campesinos.

Y es de esperarse asimismo que nuestros nuevos gobernantes acepten y obren guiados por ciertas verdades que suelen perder de vista dado su carácter obvio. Una, que es literalmente imposible gobernar una nación contra su voluntad. Otra, que es sumamente ingrato gobernarla contando tan solo con su indiferencia o su tolerancia. La tercera que no pasa ni pasará a la historia un gobierno que sólo deja la huella de sus obras materiales, así sean imponentes físicamente, entre otras razones, porque el pueblo está harto del sarcasmo de decirse que se han hecho en su beneficio, cuando sabe de sobra que motor frecuente de su promoción es el enriquecimiento personal de quien las discurre.

No hay, pues, otro modo de hacer un gobierno fecundo sin contar con el respeto, con la adhesión, incluso con el apoyo reverente de los gobernados. Por eso, me parece fuera de toda duda que en la coyuntura en que nos hallamos, México NO necesita tanto un líder político; **tampoco** un reformador administrativo; ni siquiera un promotor enajenado de las obras públicas. Por lo que clama es por un **líder moral**, que sirva de ejemplo y de inspiración a todo el país.

Esta es mi rogativa, señor Presidente: que se convierta usted en ese ejemplo moral de la nación mexicana, con la seguridad que toda ella lo seguirá por ese nuevo y sublime sendero. EXCELSIOR, 4/XII/1970

Segunda: ¿Nada más sorpresa? Respuesta: también temor. Tercera: Entonces, ¿no aplaude usted la acción, el movimiento? Respuesta: sí. Cuarta: ¿Sin límite alguno? Respuesta: a condición de que sean precedidos por una dosis proporcional de meditación.

Aun sin esos institutos de opinión pública, el sentimiento popular se expresa, de modo que ya es general la duda de si no se habrá confundido sexenio con semestre, y se crea que el mandato termina el 31 de mayo próximo y no el 30 de noviembre de 1976.

Nuestros actuales gobernantes pueden estar seguros de que produjo una impresión profunda y aprobatoria la prontitud y decisión que tuvieron para aumentar el precio del azúcar. Primero, por considerar que se necesita tener agallas para que un gobierno recién nacido se eche a cuestras la impopularidad inevitable de una medida semejante. Segundo, porque si bien hubo más de un vocero que trató de explicar los motivos de ella, al fin se impuso el secretario de Industria y Comercio: desde sus torres, mansamente presentó una justificación clara, convincente y exenta de toda demagogia.

*“Daniel Cosío Villegas hizo un periodismo civilizado, con ideas en su interior, con un proyecto crítico y una imaginación respecto del poder y la sociedad. No se le puede separar de la generación de Alfonso Reyes, del Ateneo, de un proyecto democrático y limpio. Sin embargo, don Daniel es desconocido porque no transporta infamias, en un país de infamias. Cosío Villegas al igual que Jorge Ibargüengoitia son desconocidos y clandestinos porque mantuvieron una independencia, un lenguaje con el don del análisis y de la ironía. Daniel y Jorge fueron condenados al silencio, el pago que en México dan a todo talento; igual sucedió con Alfonso Reyes y Vasconcelos, sólo se les recuerda en los rituales mortuorios.*

J. M. Alponente



♦ Página cinco

Y, sin embargo, aun en esta declaración, y más todavía en las otras, se advierte la falta del reposo necesario para ver un problema en toda su perspectiva y apreciar así su verdadera naturaleza, sus dimensiones reales y, por lo tanto, la hondura de la solución que reclama.

Por supuesto que en las explicaciones y justificaciones se destacó el punto **político**, a saber, que este gobierno no era el causante de la mala situación de nuestra industria azucarera. El, simplemente, la había heredado y, ante su inevitable empeoramiento, se vio obligado a obrar.

Esto es cierto, además de obvio; pero no se intentó bosquejar siquiera la historia del problema, no con el ánimo, a estas alturas estéril, de señalar a los villanos, sino con el fecundo de descubrir las causas no personales de esa mala situación. Así se habría descubierto que la simple alza de su precio, incluso repetida cinco veces consecutivas, no puede por sí sola enderezar la industria azucarera, cuyos males, en efecto, son de mucho más fondo. Van desde la mala localización de algunos ingenios, pasando por una maquinaria anticuada e ineficaz, hasta la complacencia con los ejidatarios y empresarios, pa-

quita el ánimo comprobar que ni profesores ni estudiantes han aludido a las causas más propiamente mexicanas de la insatisfacción estudiantil (ni qué decir de las autoridades oficiales). Para mí, la dislocación principal reside en que México está viviendo en un mundo nuevo. De aquí nacen las tragedias: si las ideas viejas dejan de operar de un modo completo en el mundo nuevo, nos daríamos cuenta de que el motor ha cesado de funcionar, y entonces nos tiraríamos —desesperadamente— los pelos de la cabeza hasta arrancarle las ideas nuevas. En la realidad ocurre que los antiguos pensamientos siguen operando, pero parcial o torcidamente. Y esto crea el espejismo de que recobrarán su plena eficacia si la ejecución de ellas se encomienda a una persona distinta, digamos redimir el PRI sustituyendo a don Lauro por don Alfonso. Nuestras viejas ideas es lo que todavía se sigue llamando el “programa” de lo que todavía se sigue llamando “Revolución Mexicana”. Si plasmó entre 1910 y 1917, ¿es concebible que el medio siglo transcurrido no lo haya dejado atrás, al menos en parte? Piénsese en esto: los mexicanos nos enorgullecemos de que la nuestra precedió a la revolución bolchevique, de modo que puede reclamar para sí una notable originalidad. Al mismo tiempo, fue la última revolución pura, inocentemente nacionalista, porque un mundo con los transportes y las comunicaciones de hoy rechaza el aislamiento ideológico de cualquier región del globo.

El programa revolucionario original, que sin disputa correspondía a reivindicaciones populares hondas y legítimas, no podía haber anticipado todo cuanto el porvenir reservaba a México, digamos la industrialización y el turismo. Aquí la tragedia no nace de que hayan brotado esos problemas, sino de que nuestros dirigentes descuidaron teorizar sobre ellos para insertarlos en el programa inicial. Un hecho, y no una idea, impuso el propósito de la industrialización: la amarga experiencia de los países productores de materias primas durante la Segunda Guerra Mundial. Tenían medios para comprar en el extranjero, pero no podían hacerlo porque las naciones industriales destinaban sus productos a proseguir la guerra. Nuestros dirigentes de entonces (Cárdenas, Avila Camacho y Eduardo Suárez) no definieron los propósitos y los medios de la industrialización; así, la dejaron volando en el aire, sin empotrarla en el viejo programa revolucionario. Hemos tenido que llenar el hueco con las ideas propaladas sobre todo por la Comisión Económica para la América Latina, ideas que no siempre embonan en el cuadro “revolucionario” de México.

Yo asistí al nacimiento del turismo como objetivo nacional. Lo conocí Luis Montes de Oca y, al comunicármelo, lo taché equivocadamente de antirrevolucionario, cuando debí llamarlo arrevolucionario, no contrario, sino extraño al programa. De entonces acá se han gastado en el turismo sumas fabulosas, pero sin justificarlas teóricamente. Aquí el hueco lo ha llenado don César Balsa, que a justo título puede pasar por uno de los grandes ideólogos de la Revolución Mexicana.

Nadie duda de que la televisión es una maravilla, pero pocos admiten que no puede ni debe suplantar por completo a la lectura. Por eso, no se podrá comentar con fruto el último informe presidencial si tras de verlo y oírlo no se lee. De hecho, quien haga la experiencia completa descubrirá que la lectura confirma a veces el sentimiento que deja la televisión, que en otros lo atenúa en grado perceptible, y que no falta ocasión en que ambos sentimientos resultan contrarios.

La lectura confirma, por ejemplo, que la extensión y la complejidad que estos documentos han alcanzado en los últimos tiempos hacen imposible su llegada al “pueblo”; no serán leídos por más de un centenar de personas y escuchados íntegramente, digamos, por dos mil. Y esto a pesar de su reproducción cabal en cuatro diarios capitalinos y de todas las cadenas de radio y de televisión. A nadie puede exigírsele permanecer petrificado en una silla viendo un espectáculo que nada tiene de espectacular; de nadie puede esperarse que gaste cuatro horas de su vida leyendo en un diario, mal impreso y en tipo pequeño, un documento cuyas cifras marean en lugar de iluminar.

Pero sólo la televisión entrega los aspectos humanos, digamos la prisa vertiginosa con que el presidente leyó la larguísima parte dedicada a su gestión gubernativa. Esto lo obligó a mantener clavada la vista en el texto escrito; a no levantar la cabeza y a aislarse de su auditorio, el rendido de la Cámara y el escéptico de la televisión. También lo condujo a equivocarse al decir algunas cifras o pronunciar ciertas palabras... él, que se había ganado la fama del mejor lector de los presidentes desde Cárdenas. La televisión entregó otro dato humano de sumo interés: una honda preocupación, primero subyacente y después manifiesta cuando llega al conflicto estudiantil. Aquí la

La ocupación militar de la Universidad se produce cuando la autoridad del gobierno se había robustecido; cuando la fuerza de los estudiantes menguaba; cuando éstos habían abandonado sus modales vandálicos y hacían gala de su disciplina en dos manifestaciones ordenadas; en fin, cuando habían dicho y repetido que no intentaban estropear la Olimpiada. Entonces, ¿qué ha podido impulsar al gobierno a sacar a los estudiantes de su casa y hecharlos a la vía pública, donde era inevitable el choque, la sangre y aun la muerte? Uno puede enclaustrarse dos días seguidos en una celda conventual, ayunar, aporrearse la cabeza o mortificar la carne con el cilicio sin explicarse un acto tan descabellado. Al mismo tiempo, o nuestro mundo está ya enajenado o se admite que el gobierno tuvo conocimiento de hechos que él juzgó gravísimos, pero que resolvió ocultar. ¿Y por qué esto último?

Nada pone tanto el ánimo en cuidado como advertir y comprobar que el gobierno se resiste fieramente a reconocer que en el país existen dos opiniones públicas. Una, la oficial, que aplaude todos sus actos por estar atada a él. La otra es una opinión desorganizada, indiferente y aun escéptica, pero libre.

Por esto precisamente el gobierno tiene que conquistarla, y para ello no hay sino un medio: la palabra sencilla, honesta e inteligente, y, sobre todo, la acción bondadosa. Debe reconocer también que el automatismo, la vaciedad y el estruendo de las palmas oficiales irrita a la opinión libre y la predispone al silbido. Por último, el que esta opinión pública libre desentona la rara vez en que se decida a silbar, no quita que lo haga de todo corazón y a todo pulmón.

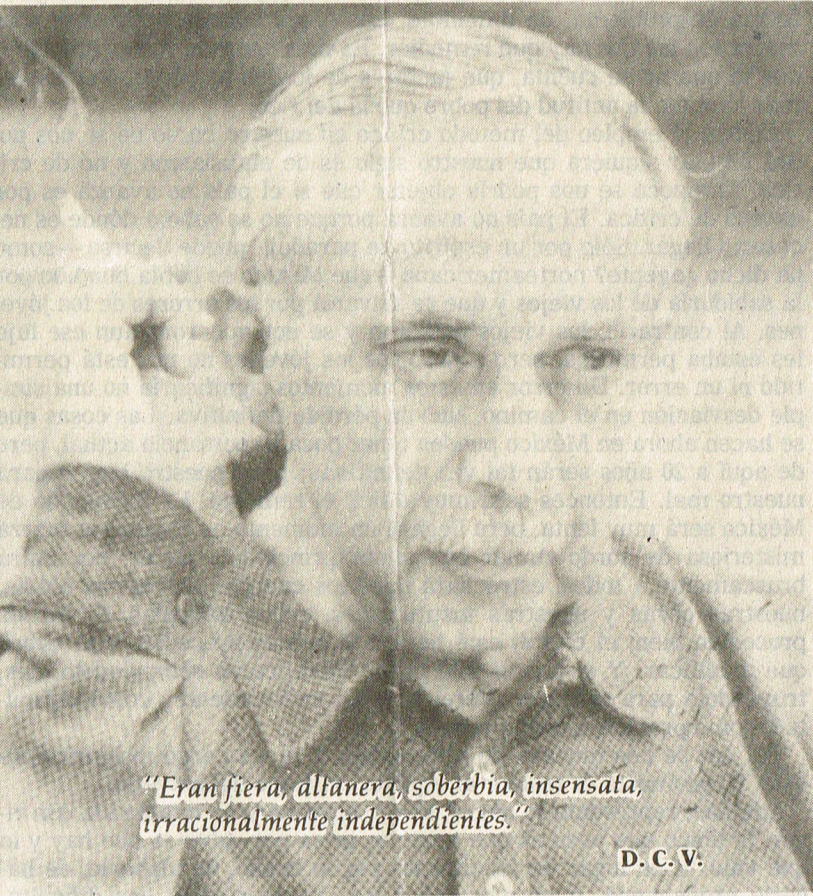
Puede decirse, así, que en la vida actual de México no hay un error tan craso ni tan trágico como el de obrar dando por hecho que don Augusto representa de verdad a millones de ejidatarios y que don Fidel (el de aquí, por supuesto), habla de verdad por millones y millones de obreros. La verdadera verdad es que don Augusto representa a don

ra no hablar del favoritismo y la arbitrariedad oficiales.

Ninguna declaración aludió siquiera al fondo del problema, y, por lo tanto, es legítimo suponer que se desconoce, o que no se pensó en él, o que se teme revelarlo al público dada la magnitud del esfuerzo y el costo de la solución. Si esto es así, debe convenirse en que un hombre no demuestra su decisión, cuando ataca no el fondo, sino la apariencia de los problemas.

Tampoco se meditó bastante sobre las consecuencias que un alza en el precio del azúcar tendría sobre el de otros productos, salvo el de los refrescos. Lo cierto es que el café en grano de la más baja calidad, es decir, el de consumo popular, subió instantáneamente 12%, y que las amas de casa vieron con horror a los agentes vendedores de productos farmacéuticos invadir los supermercados para volver a marcar, frasco por frasco, los nuevos precios, mayores en 20 y hasta 30%.

Las autoridades no pueden ignorar que la estructura general de los precios en México es de los más artificial, que está prendida con los alfileres del “incentivo”, de la amenaza y aun del soborno. En consecuencia, debió haber sido obvio anticiparse a que un alza autorizada



“Eran fiera, altanera, soberbia, insensata, irracionalmente independientes.”

D. C. V.

En materia de ideas, pues, México necesita repasar severísimamente los planes de acción oficial y privada, y hacerlo con el espíritu revolucionario primitivo, el utilitarista de conseguir el mayor bien para el mayor número. De otro modo, el joven se sentirá insatisfecho; no viendo claros los objetivos que la nación persigue, sospecha que se mantiene deliberadamente esa confusión para disimular el hecho ultrajante de que sólo unos cuantos se aprovechan del esfuerzo colectivo.

Si las ideas y los problemas han cambiado tanto en ese medio siglo, han variado más todavía los hombre públicos. Antonio Caso gustaba decir de los liberales reformistas que “parecían gigantes”; pues los que hicieron la Revolución Mexicana (no los que la han disfrutado después), lo parecían también. Alvaro Obregón no era sino un ranchero jacarandoso, y la Revolución lo transformó en gran capitán y

\* \* \* \* \*

transformación es llamativa; como lo siente en el alma, el presidente ha memorizado mejor su texto; puede erguirse, fijar en el auditorio unos ojos que brillan tras los espejuelos; leer con claridad y tan pausadamente, que domina el “suspense” de los puntos suspensivos.

A partir de aquí, seguí viendo, pero no escuchando, pues lo que yo miraba me despertó una duda perturbadora que no engendra la lectura: ¿no habrá tomado el presidente demasiado personalmente este asunto?

Por supuesto que hasta incomprensible resulta imaginar que un político, un jefe de Estado, aun un estadista consumado, se despersonalice al grado de que bajo la piel sólo quede el espíritu frío y calculador del político, del jefe de Estado o del estadista.

La persona del hombre, de este atribulado ser mortal, está indisolublemente ligada a los actos y las palabras del hombre público. Sin embargo, en esto, como en todas las cosas de la vida, existen grados: el mal político a quien siempre traicionan sus sentimientos personales, y el político magistral que logra dominarlos hasta impedir que empañen sus juicios y atropellen sus palabras.

Desde un punto de vista estrictamente humano, la cosa es comprensible, pues para nuestro presidente los desórdenes estudiantiles han debido ser un rudo, inesperado despertar. Primero, porque muy legítimamente cree que está haciendo un buen gobierno. Segundo, por el aislamiento en que cae el jefe de Estado, un fenómeno universal de solución bien difícil, pero que en México lo agravan hasta un grado patético dos circunstancias: la opinión pública carece hace ya mucho tiempo de cauces para manifestarse normalmente, y el servilismo de muchos de los consejeros tiene que crearle al presidente una cierta

\* \* \* \* \*

Augusto y habla por don Augusto, y así don Fidel. ¿Parece demasiado severa esta estadística? Agréguese entonces un par de cuatezones por cabeza con la seguridad de que no pasará de allí el Gran Total.

La ignorancia de que hay en el país una opinión libre, el despreciarla o creerla infantil, ha conducido al gobierno a la monstruosidad de esa ocupación militar y a justificarla desaprensivamente.

La sustancia es lo bueno: bastaría leer las cuatro primeras líneas del documento para apreciar su increíble liviandad. Dicen así: “La Secretaría de Gobernación informa al pueblo sobre los motivos que han determinado la presencia de la fuerza pública en algunos planteles de la Universidad”. Primero, es bien dudoso que esa Secretaría tenga facultades para hablar de asuntos que no son de su exclusiva competencia. Segundo, la explicación se da al “pueblo”, es decir, no a toda la nación, no a todo el país, no a todos los mexicanos, sino a una clase social. Ahora bien, hay cientos de miles de mexicanos (entre ellos los redactores de la declaración) que no forman parte del “pueblo” sino de un modo figurado, pero que tienen tanto derecho a saber lo que pasa en su país como lo pueda tener un obrero, un campesino o una cocinera. Tercero, Gobernación quiere informar (no explicar o justificar) “sobre los motivos (no un acto específico del gobierno) que han determinado”, es decir, se habla de una cosa tan distante y tan impersonal como esas masas de aire polar que “informan” el descenso de la temperatura. Y aquí viene el understatement del siglo: los motivos que han determinado, no la ocupación por el Ejército de toda la Ciudad Universitaria, sino la “presencia” (mágica) de la “fuerza pública” en “algunos planteles” de la Universidad.

Pero los “motivos” son lo mejor: primero, que los estudiantes usan los locales universitarios para fines no académicos, y los dañan; segundo, como los estudiantes han desconocido a sus autoridades, el Ejército debe reponérselas. Aquí la declaración es sencillamente insostenible: siendo indudable el hecho de la ocupación del deterioro de

públicamente por el gobierno traería consigo un encarecimiento aun de los productos no relacionados directamente con aquel cuya alza se había autorizado.

Como el gobierno no anunció en este caso, y ciertamente no ejerció una vigilancia especial de todos los precios, es legítimo suponer o que se desconocían las consecuencias de su medida o que, a sabiendas, pero calladamente, consintió en lo que puede ser una elevación general del costo de la vida.

Todo esto lo ha rematado la noticia dada sin explicación alguna el 31 de diciembre, como para cerrar con broche de oro ese primer mes de haberse autorizado un alza en el precio de los cigarrillos. Puede suponerse —sin conceder por ahora—, que sea en verdad necesaria, pero ¿por qué no decirlo hasta abril o mayo, para que en el intervalo podamos digerir las alzas ya consumadas? Parece el caso de preguntarse si no será posible conciliar el afán de ganarse una reputación de activo, de decidido, con la meta que han tenido todos los gobiernos revolucionarios de mantener lo más bajo posible el costo general de la vida.

EXCELSIOR, 8/1/1971

gran gobernante. Plutarco Elías Calles era un oscuro maestro de escuela y se convierte en el mayor genio político del movimiento. Venustiano Carranza recoge la bandera revolucionaria con un ejército ridículo y unos ideólogos deslucidos, y se lanza como un David contra los Goliats de Huerta y de Wilson. Y así Zapata, y así Villa, y así Cárdenas. He señalado en mis *Ensayos y Notas* el principal efecto de este gigantismo de los hombres públicos; nadie les disputaba el derecho a gobernar, y la nación se sentaba como espectadora en las galerías del circo para aplaudir arrobada las suertes increíbles de aquellos magos.

Ese efecto imprevisible tienen los grandes trastornos sociales; hunden en el abismo a unos hombres y levantan desmesuradamente a otros. La paz, la “estabilidad”, apetecibles por mil conceptos han tenido entre nosotros la deplorable consecuencia de cubrir el país con un manto parejo de concreto del que ha desaparecido todo punto de referencia: el mar, los ríos, la sierra, los árboles y aun las flores. Y como no hay vida pública en México, como la máxima sabiduría política es el silencio, los hombres públicos se han hecho pequeños y misteriosos. El joven deja de divertirse con aquel circo: halla sosos los chistes del payaso; ve que al malabarista se le caen los platos que intenta recoger en el aire después de lanzarlos uno tras otro, y pesca al prestidigitador metiendo en la chistera la blanca paloma que debía surgir de ella como de la nada. El joven comienza por aburrirse; piensa después que él lo haría mejor, y al final salta a la arena decidido a participar en el circo político, a convertirse en el trapecista espectacular.

Pongamos un ejemplo: Se viene diciendo que un abogado y un abogado más general, son posibles candidatos a la presidencia de la República. A mí no me cabe duda alguna de que estos caballeros tienen virtudes excelsas, pero ellos mismos admitirían que sólo sus parientes las conocen y estiman sea una esposa y digamos tres hijos. ¡Cuatro personas en un país de 47 millones! El resultado es inevitable: no menos de un millón de mexicanos se considera igual a estos dos candidatos, y otro millón y medio superiores a ellos (entre éstos yo, modestia aparte, y con disculpas por “destaparme” tan anticipadamente). Entonces, la designación de alguno de esos dos aspirantes tiene que parecerle a la juventud arbitraria e injustificada. Y esto mismo diría de los secretarios y de los candidatos a las secretarías de Estado y a los organismos descentralizados, de los magistrados de la Corte, de los gobernadores de los estados y de los ediles del más remoto ayuntamiento.

No hay sino un remedio: hacer pública de verdad la vida pública del país. El gobernante que entienda esto a tiempo y a tiempo ponga el remedio, pasará a la historia. Los otros no dejarán más huellas que las fechas de su nacimiento y de su muerte, y la segunda será siempre dicha con alivio.

EXCELSIOR, 13/IX/1968.

impresión de infalibilidad. Entonces ocurre que de pronto, intempestivamente, una turba de imberbes se lanza a la calle a proclamar su desaprobación, una desaprobación desarticulada, irracional, necia si se quiere, pero visible e inequívoca. Y aquí está el problema: ¿el sujeto de la desaprobación es Gustavo Díaz Ordaz o el Presidente de la República?

No creo que nadie pueda dudar de que la persona de Gustavo Díaz Ordaz nada absolutamente tiene que ver en el asunto, pero con esto apenas se avanza, pues hay que preguntarse de nuevo: ¿se condenan los actos de este presidente? Tampoco, porque hace por lo menos 22 años que todos los presidentes de México dicen y hacen las mismas cosas. No hay entre ellos, pues, más diferencia que la exterior y superficial: la eterna sonrisa de Alemán, el rostro casi adusto de Ruiz Cortines o los ademanes histriónicos de López Mateos.

Surge así la siguiente pregunta: ¿por qué estalló a este la bomba y no a uno de los anteriores o al que lo sucederá? Aquí la respuesta es obvia: porque Napoleón no había muerto hasta que murió. Se trata de un proceso acumulativo, y si la mecha es larga, tardará en consumirse antes de hacer explotar la bomba.

Y la última pregunta —y primera en importancia— es esta: ¿qué representa la bomba, cuál es la verdadera naturaleza del material explosivo que contiene? La lectura, no ya la pantalla, lo explica: para el presidente, el “fondo” del problema es educativo. Para muchos otros, en cambio, es esencialmente político. De allí que la pantalla y la lectura hayan impuesto la cuestión final: ¿el presidente se ha equivocado porque la reacción personal desvió el juicio del político? Por lo contrario, ¿él, en su fuero interno, sabe de qué se trata, pero ha juzgado impolítico decírnoslo ahora?

EXCELSIOR, 20/IX/1968.

los locales, puede decirse, que esto ha ocurrido un centenar de veces durante los cuatro años anteriores, y desde hace dos meses en el presente conflicto. ¿Por qué no había actuado antes el gobierno?

Más flagrantemente, si esos hechos ocurrían en el Politécnico, en la Normal Superior y en Chapingo, ¿por qué la ocupación militar se limita a la Ciudad Universitaria? En cuanto a la restauración del mando de las autoridades académicas y administrativas, es absolutamente obvia la imposibilidad de que un teniente devuelva la del rector y un sargento rescate la del director de facultad. Pero aquí hay un hecho que todo el mundo recuerda sin esfuerzo. Ningún origen político tenía la huelga universitaria anterior; era clara, puramente un conflicto entre un grupo reducido y levantisco de estudiantes y la autoridad académica. Entonces el gobierno no intervino, y justamente por eso cayeron las autoridades universitarias.

Esto no es todo, pues en seguida viene el golpe del genio: 24 horas después de la ocupación militar, el secretario de Gobernación declara que el gobierno devolvería CU en cuanto las autoridades universitarias lo solicitaran. Entonces, ¿para qué —¡vive Dios!— fue sojuzgada? Pero como si una tragedia de tres actos no bastara, todavía se producen otros: primero, el rector guarda silencio ante esa oferta; segundo, por ello, la Cámara y el Partido descubren que es inepto; tercero, tres funcionarios (llamémoslos así) universitarios declaran que no han recibido todavía un pliego escrito de Gobernación donde se haga formalmente esa oferta, sin comprender estos genios que su deber inmediato es proteger a los estudiantes, y que la única forma de hacerlo es guardarlos en casa.

El séptimo acto de la tragedia fue la renuncia del rector. Por fortuna, se ha producido ya el epílogo, cuya transformación en prólogo deseáramos todos, pero que, de cualquier manera, confirma la tesis principal de estas notas, o sea el divorcio entre la opinión oficial y la opinión pública libre. De aquí que resulte reconfortante ver tendido en la lona a don Luis M., víctima del bien acreditado gancho al hígado.

EXCELSIOR, 27/IX/1968.